

MIGUEL JOSÉ HAGERTY FOX *IN MEMÓRIAM*

Pedro Martínez Montávez
Arabista y Profesor Emérito
de la Universidad Autónoma de Madrid

En el prólogo que puso a la segunda edición de su libro *Los cuervos de San Vicente* (Granada, 2007; 1ª ed. Madrid, 1979) afirma Miguel José Hagerty lo siguiente: “En el fondo, la clave para estudiar a los mozárabes descansa en el concepto de la supervivencia; supervivencia como grupo y como individuos. Las llamadas Ciencias de la Vida de nuestros días han demostrado más allá de ninguna duda que el único secreto de la supervivencia de los seres animales está en su capacidad de adaptabilidad”.

En mi opinión se trata de una de esas raras ocasiones en que unas pocas frases sirven para expresar, con total acierto y exactitud, no sólo la realidad del objeto de estudio, sino también otra, que con cierta frecuencia subyace a aquélla, aunque no siempre quede oportunamente reflejada: la del autor del estudio precisamente. Es decir, creo que Miguel Hagerty se refería también en parte, al escribir tales frases, a sí mismo, proporcionándonos con sus afirmaciones una valiosa indicación para facilitarnos la aproximación al ser humano que fue.

Porque él fue, ante todo, un excepcional y ejemplar superviviente, y lo fue además de forma también excepcional y ejemplarmente consciente. Esa consciencia plena de supervivencia le dotó de una extraordinaria capacidad de adaptabilidad. De no haber tenido la fuerza, la entereza y la convicción de resistencia y de permanencia, la capacidad de adaptabilidad que él tuvo, habría dejado de ser tan firme y gozoso superviviente como fue. Miguel José Hagerty no es sólo una persona y una obra, sino que es también un testimonio, un magnífico y singular testimonio. Miguel José Hagerty no dictó sólo su permanente lección en el aula, sino que la dictó también a todo lo largo y ancho de su existencia.

Los seres humanos que tienen un sentido de la vida amplio, variado, pleno, gozoso, suelen poseer asimismo un amplísimo horizonte de vivencias y de experiencias acorde a esa concepción: están abiertos a múltiples inquietudes, estímulos y sugerencias, son porosos y vitalistas, vulnerables y firmes al tiempo, prefieren no seguir caminos trillados y establecidos, sino irlos descubriendo y abriendo ellos. Tienen vocación innovadora y ambición creativa, llevan dentro de sí, con frecuencia, un sentidor de las cosas, un artista, aunque no siempre tenga éste la oportunidad de aparecer y mostrarse.

Tales seres humanos, además, no buscan sólo conocer, ir aumentando en aprendizajes y saberes, sino que se proponen también algo bastante más importante y complicado: entender, ir proporcionándose más y mejores explicaciones de los hechos humanos en toda su extensa, compleja y entreverada realidad. Se lo proponen así para tratar luego de explicarlos a los demás también más y mejor. Son individuos muy personales, originales, distintos, nada gregarios, pero sí profundamente solidarios.

Su biografía resulta bastante diferente, no se ajusta en gran parte a los parámetros habituales de las biografías al uso. Miguel José Hagerty pertenece a esa estirpe.

Nació en Chicago, de familia irlandesa, el año 1947. Con 11 años sus padres le enviaron a Perú, donde vivió con un familiar durante algún tiempo. Llegó a España, concretamente a Madrid, en 1967, y a Granada, que fue su morada permanente desde entonces, el año 1971. Había cursado ya Ciencias Políticas en una universidad norteamericana, pero encontró su vocación definitiva en la Universidad granadina, por la que se licenció en Filología Semítica el año 1976. Ahí surge el excelente y singular arabista que Hagerty fue a lo largo de toda su trayectoria humana y profesional. El año 1983 presentó la Tesis doctoral: *Transcripción, traducción y observaciones de los "Libros plúmbeos" del Sacromonte*, que fue editada en microfichas por el Servicio de Publicaciones de la Universidad de Granada el año 1988.

Conviene recordar, sin embargo, que pocos años antes de la presentación de la tesis mencionada, Hagerty había publicado ya una importante obra de más de trescientas páginas sobre el tema: *Los Libros Plúmbeos del Sacromonte* (Madrid, Biblioteca de visionarios, heretodoxos y marginados, 1980). El texto iba precedido de una larga introducción en la que ya precisaba que estaba "preparando una edición crítica del texto árabe y nueva traducción con vistas a un estudio filológico, bajo la tutela de mi maestro Darío Cabanelas".

Hagerty fue en parte, por consiguiente, un auténtico adelantado del estudio de una cuestión sumamente confusa y polémica, desde múltiples ángulos y perspectivas, y su investigación sigue constituyendo una valiosa aportación académica y científica sobre la materia mencionada, que ha seguido siendo objeto, hasta la fecha, de otras muchas aportaciones complementarias. Conviene saberlo y afirmarlo así porque no siempre se ha tenido esto en cuenta y reconocido oportunamente, por parte de quienes han participado también en el estudio de tan polémico asunto. El libro mencionado contó con dos ediciones posteriores aparecidas en Granada respectivamente en 1998 y 2006.

Hay un primer periodo de producción muy fecundo, intenso y apretado, de Hagerty, que no llega a superar en realidad los cinco años, entre 1979 y 1983. Esto resulta aún más sorprendente porque se trata de una obra que brinda ya rasgos claros de madurez, especialmente en lo que atañe al contexto de referencia cultural en que se inscribe y a la propia elección temática investigadora; también, en lo que se refiere al entramado ideológico que la sustenta y a la irrenunciable dimensión polémica que la acompaña, basada en todo momento, sin embargo, en la búsqueda y el establecimiento del diálogo y del contraste de pareceres. Hagerty parece ya en ella plenamente consciente de vivir en un tiempo que significa "un momento crítico de la historia de España y un momento crítico también, pero no ausente de esperanza, de la historia de Andalucía".

Se trata de cinco libros, formalmente agrupables en dos bloques temáticos diferenciados, pero que en realidad responden a un mismo propósito e impulso. Hay dos de ellos situados en el terreno de la poesía andalusí: *Al-Mutamid. Poesía com-*

pleta, traducción y comentario(1ª ed., Barcelona, 1979; 2ª ed. Sevilla, 1985; 3ª ed. Granada, 2006), y una antología general de la misma materia a la que puso el bello título de *Ajimez* (Jerez de La Frontera, 1968). En ellos está ya el excelente intérprete recreador de la poesía que Hagerty fue, y asoma también con claridad el ambicioso teórico de la traducción, de la intertextualidad, que llegaría a ser. Hagerty demuestra ya con sus versiones que sensibilidad y ciencia no son en absoluto incompatibles, sino que pueden llegar a interfecundarse y a caminar juntas, es ya consciente de que el texto literario es una “partitura a interpretar”, lo que no solamente permite, sino que pide, una “creación análoga”.

Los dos libros con anterioridad citados: *Los cuervos de San Vicente* y *Los Libros Plúmeos del Sacromonte*, forman con *Murieron para vivir* (Barcelona, 1983), ese segundo bloque temático al que he aludido en párrafo anterior. Esta última obra, escrita en colaboración con Francisco López Barrios, puede parecer difícilmente clasificable dentro del panorama rígido de los géneros literarios clásicos, y de ello eran con seguridad conscientes sus propios autores. En mi opinión se trata de un logrado ejemplo de ambicioso y sugestivo ensayo, tan extenso como intenso, concebido y redactado con el claro propósito de superar la no menos rígida compartimentación temporal de la existencia en pasado, presente y futuro; en definitiva, otra muestra de lucha por la supervivencia. El subtítulo del libro precisa su contenido y va en esa línea de indagación: “el resurgimiento del Islam y el Sufismo en España”.

Hay un hilo sutil que conecta el tiempo, los tiempos, y ese hilo sutil es la memoria. La memoria existe, pero también puede desvanecerse, perderse, y entonces hay que recuperarla. Gran parte de la obra de Hagerty responde al propósito claro y decidido de recuperación de la memoria, de las memorias, seguramente más en el plano colectivo que en el individual. Todo esto constituye, como digo, tanto una clave como una constante del pensamiento y de la obra de Hagerty, y se aplica, profundizando, en determinados casos concretos, conexos y entramados entre sí sin ninguna duda, pero también parcial y diversamente diferenciados, en absoluto idénticos: España, Andalucía, Al-Andalus.

Estudiar textos, o traducir textos, no son labores que tengan tan sólo esa dimensión ni que se terminen en sí mismas. Los textos son también parte fundamental del patrimonio y del legado de las civilizaciones, innumerables muestras de las mismas. Para Hagerty “las civilizaciones son siempre y por definición el resultado de una obra colectiva, jamás individual”.

En pocas ocasiones las sociedades constituyen conjuntos unidos y uniformes, sino que suelen estar compuestas por colectivos diversos, bastante distintos y diferenciados entre sí, cuando no enfrentados. Dentro de esos mosaicos sociales, Hagerty se sintió atraído preferentemente por el estudio de los grupos menores, minoritarios, desatendidos, además de variablemente oprimidos o perseguidos en abundantes ocasiones: casos de mozárabes o moriscos, por ejemplo. Hagerty se sintió poderosamente interesado no sólo por el estudio de la problemática externa, que asediaba y reducía a tales grupos, sino también, y de forma especial, por la problemática interna de

fraccionamiento y enfrentamiento civil. De la misma manera, y atendiendo en estos casos a aspectos más bien singulares de la cuestión, le atrajo también el estudio de los individuos marginados, excluidos, heterodoxos. Hagerty es, esencialmente, un firme reivindicador de los silenciados, de los olvidados, de los siempre perdedores, de quienes parece que no existieron. Significativamente, dedicó uno de sus libros, y de seguro uno de sus preferidos, *Los cuervos de San Vicente*, “a la memoria de las víctimas de cayucos y pateras”.

El esfuerzo y la lucha por el mantenimiento o la recuperación de la memoria suelen coincidir, frecuentemente, con el esfuerzo y la lucha por el mantenimiento o la recuperación de la identidad. Y este problema constituye también otra de las inquietudes y de los propósitos principales de su pensamiento y de su obra. En este terreno, los casos y los ejemplos de los que trata Hagerty son sustancialmente los mismos. Los acostumbrados y apetecidos por él, Al-Andalus y Andalucía, en concreto, de forma predominante.

La breve secuencia biográfica que he trazado del profesor Hagerty Fox, en párrafo anterior, no ha quedado detenida por azar a finales de la década de los ochenta del siglo pasado, sino que lo he hecho a propósito. Para advertir que, a partir de la década siguiente, su biografía experimenta una inflexión dura e importante, entra en otra etapa diferente. Irá configurándose como otra clara demostración de capacidad de adaptabilidad y de supervivencia.

El profesor Hagerty inició su actividad docente, una vez presentada la Tesis doctoral, en el área de Estudios Árabes de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Granada, y allí permaneció algunos años. Pero la estabilidad en tal función la alcanzaría en otro centro de la misma institución: el año 1992 obtuvo por oposición la plaza de Profesor Titular de Lengua Árabe en la Escuela de Traductores e Intérpretes de la misma Universidad granadina, centro que al año siguiente, 1993, pasaría a denominarse Facultad de Traducción e Interpretación. Yo tuve la satisfacción de presidir el Tribunal de Oposición a aquella plaza, ante el cual demostró cumplidamente su excelente formación en la materia y su total competencia para el desempeño del cargo. En esta Facultad ejerció la función docente e investigadora hasta su muerte.

No soy yo la persona más indicada para hablar de la gran labor que el profesor Hagerty siguió desarrollando desde entonces. Otros colegas, que estuvieron más próximos a él durante todo este tiempo, lo harán con mayor conocimiento y acierto. Y también, sin duda alguna, quienes estudiaron con él, sus alumnos y alumnas, que le querían y admiraban.

Sí quiero dejar constancia expresa, sin embargo, de que a lo largo de todos esos últimos años, la relación que mantuvimos fue aumentando. Y que con ello aumentó también nuestro afecto y aprecio mutuos. En todos los órdenes: en el plano personal y humano, en el académico, en el intelectual. Tanto dentro del marco propiamente universitario como fuera de él. Coincidíamos en bastantes cosas, o las veíamos y sentíamos al menos de manera muy parecida: por ejemplo, en el obligado desempeño

de la función social y cultural que el sentido de la ética, la dignidad y la solidaridad entre los seres humanos, nos exigen.

En ese nuevo ámbito de trabajo, en el que tan a gusto además se sentía, el lúcido, receptivo y sensitivo arabista y hombre de su tiempo que Hagerty era, da una nueva orientación a su labor. Serán las cuestiones de análisis y teorización del ejercicio de la traducción las que ahora vayan ocupándole fundamentalmente. Es consciente de que el texto literario, junto al valor y el significado que puede tener en sí mismo, es también una manifestación cultural, y en su ámbito cultural se inscribe. Asimismo, la idea de que las culturas no son fenómenos aislados entre sí, carentes de conexiones e interdependencias, sino que generan, por lo contrario, sus entramados específicos de relación, tanto para las convergencias como para las divergencias, es otra de sus principales convicciones.

Interculturalidad e intertextualidad, por ejemplo, no son para él conceptos rígidos, fríos, evanescentes, meras abstracciones pseudocientíficas, sino que constituyen manifestaciones sumamente ilustrativas de la propia realidad multiforme y compleja. Se presentan por lo mismo como enormes desafíos de interpretación e irrenunciables metas a alcanzar, aunque aparezcan muy lejanas y difíciles.

Hagerty cree además en la traducción literaria, y argumenta en justificación y defensa de la misma con ejemplar honestidad y valentía, pues confiesa que el modelo de análisis que propone “está basado en una larga y seria reflexión sobre mi propio trabajo de traducción en este campo a lo largo de casi treinta años de experiencia”.

Este ser humano tan entero, tan firme, tan pleno y gustoso amante y gozador de la vida, estaba terriblemente amenazado en su entidad física y corporal. Hagerty convivió durante más de quince años con el cáncer, le sobrevivió durante más de quince años, fue una y otra vez su superviviente. No dejaré de tener presente nunca el momento en que me dijo, hace aproximadamente un año: “Pedro, he tenido que superar cinco cánceres”. Lo dijo con absoluta naturalidad, como si tal cosa, esbozando una sonrisa, con pasmosa y admirable sencillez. Me sobrecogió oírlo. Me dio también una lección: la última de las varias, que en circunstancias parecidas, había recibido ya de él.

Al escribir la semblanza de ese cabal ser humano que Miguel José Hagerty Fox fue, he renunciado intencionadamente a acumular recuerdos personales, anécdotas, referencias a momentos concretos y situaciones determinadas en que coincidimos, a impresiones propias y más o menos presentes aún en mi memoria. He querido dejar testimonio ante todo del profesor, del académico, del intelectual, del creador. Es decir, del singular y valioso ser humano que fue Miguel Hagerty, evocando algunas dimensiones inseparables y constitutivas de su personalidad y de su obra de las que, seguramente, se tiene bastante menos conocimiento del que se debería tener. Que han quedado en parte bastante difuminadas, desatendidas. Que, con toda seguridad, han sido por lo general bastante menos apreciadas y valoradas de lo que merecen.